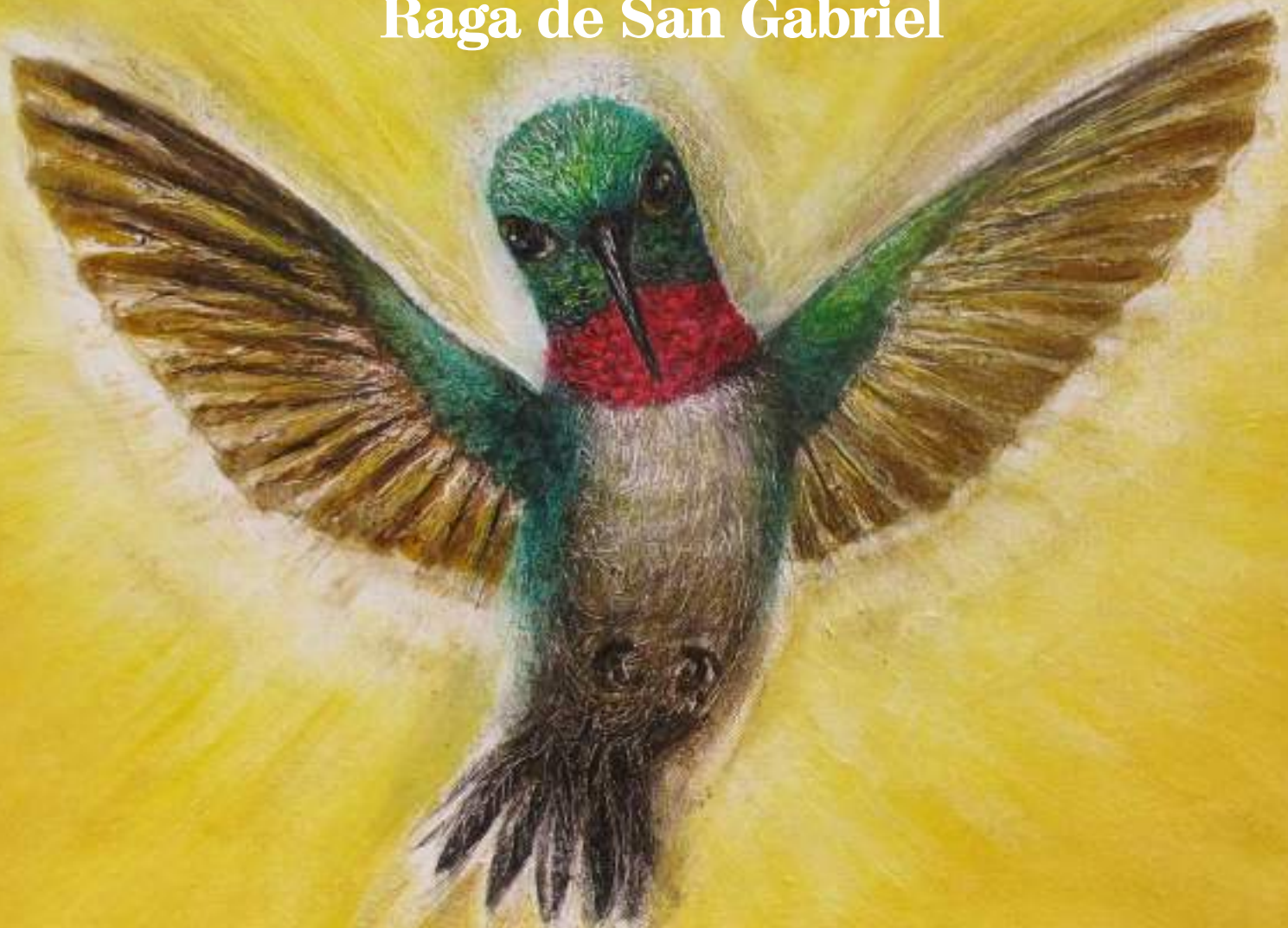


Rayo de Aire

Raga de San Gabriel



AVISPERO

Rayo de Aire

TEXTO E ILUSTRACIONES

Raga de San Gabriel



México 2020/Editorial Avispero

© Raga de San Gabriel

D.R. © 2020, Editorial Avispero

Texto e ilustraciones: Raga de San Gabriel

Diseño: Elizabeth Arias

Este libro es para el niño que todos llevamos adentro.

Rayo de Aire es de difusión gratuita virtual.

Descárgalo en www.avispero.com.mx

Todos los Derechos Reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito de la Editorial Avispero.



Hecho en México



Hace miles de años llegó un colibrí al Continente Americano. Vino durante la última Edad de hielo, con los primeros pobladores de raza roja que atravesaron el Estrecho de Bering, poco antes de que se separaran los continentes de América y Asia. Le gustó tanto la selva, las flores y el calor del trópico —en el que abundan pequeños insectos que son una delicia para su paladar—, que inmediatamente regresó a contarles a sus hermanos de este paraíso donde podrían vivir lejos del frío, tranquilos, sin tener que soportar a tantos enemigos; pues los colibríes son los pájaros más pequeños del planeta. Tuvo tanto éxito en su empresa, que se llevó a todos los colibríes a vivir a América, y, desde entonces, se han transformado en diversas formas, con grandes colas, colores hermosos y picos especializados para cada flor, ayudando así a la polinización de las plantas.



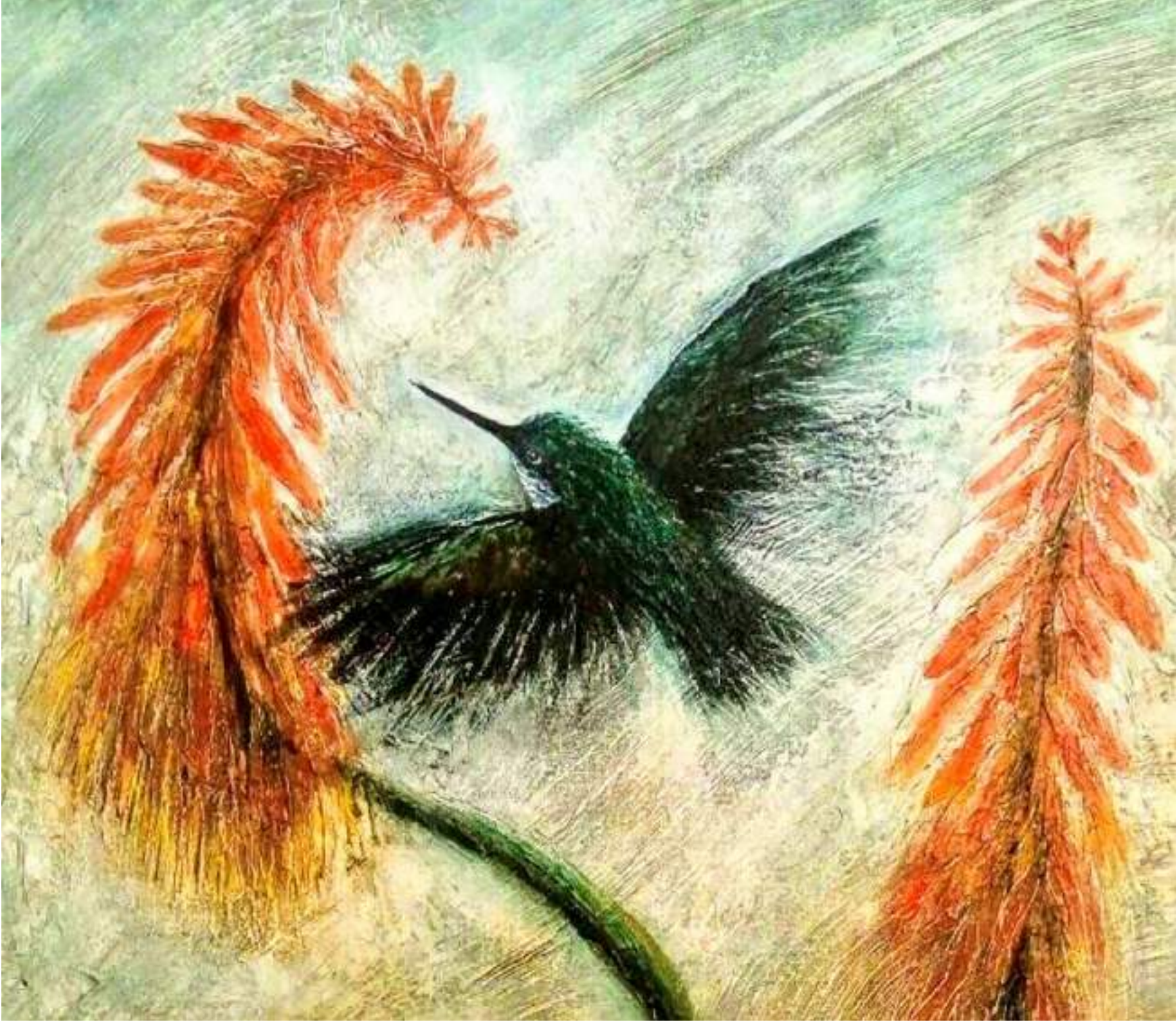




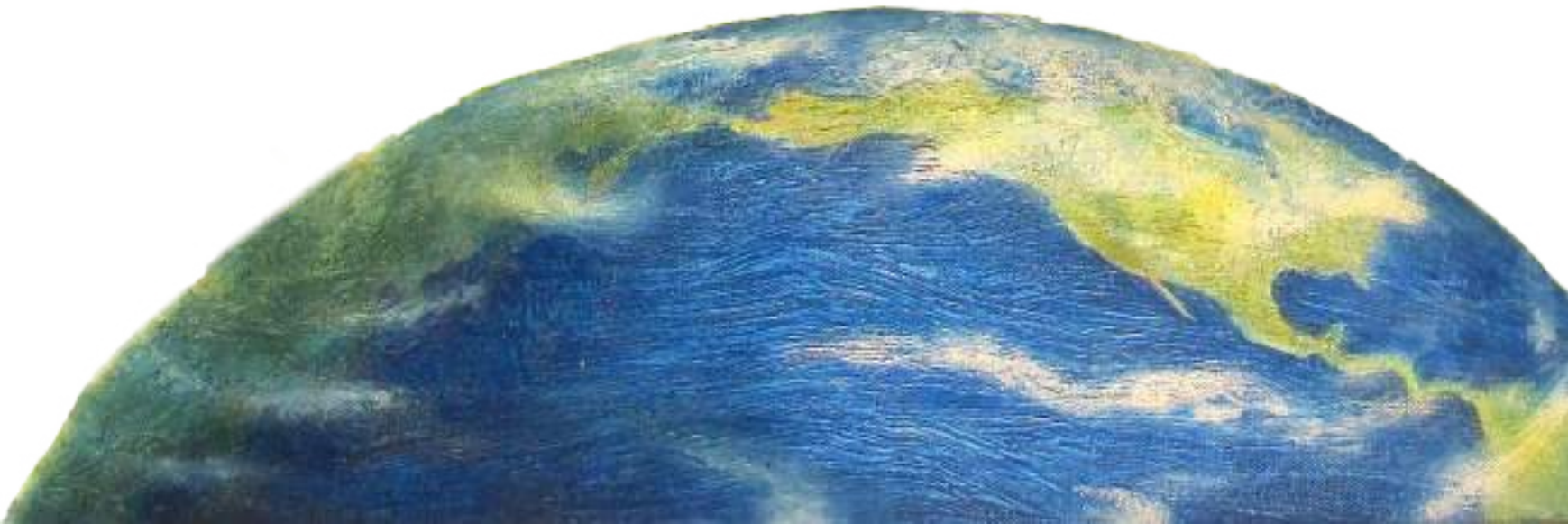


Según cuentan los sabios mayas, el colibrí fue hecho de una diminuta flecha de piedra de jade que, al soplarle salió volando como un pájaro de delicadas plumas que reflejaron todos los colores del arcoíris. Fue entonces que le otorgaron dos misiones: llevar los pensamientos de amor de los hombres y guiar las almas al Paraíso. Así va recogiendo las almas volando de flor en flor para llevarlas al Paraíso, pues la muerte no es el final de la vida. El cuerpo se queda en la tierra, pero el alma continúa su existencia; vuela y se oculta en una flor esperando a este mágico ser que la recoge para guiarla amorosamente al Paraíso.





Muy pocos colibríes se arriesgan a emigrar para hacer sus nidos en otro territorio, lejos de su hogar. Pero hay uno en particular que parece no tener límites; y, a pesar de su pequeño tamaño, se atreve a desafiar al imponente mar y atraviesa el Golfo de México desde la Península de Yucatán hasta la Florida, en un vuelo sin escalas de cerca de mil kilómetros.



Esta es la historia de este pequeño gran viajero: el colibrí Rayo de Aire de garganta rubí (*Archilochus colubris*, como lo llaman los científicos). A la luz del sol los colibríes parecen latidos de colores que rozan el cielo deslucido. Siguiendo la costa vuelan sobre la tierra hacia el norte para no perderse. Por más de sesenta días sus alas salpican los destellos de una esperanza. Migran para tejer sus nidos y formar una familia.

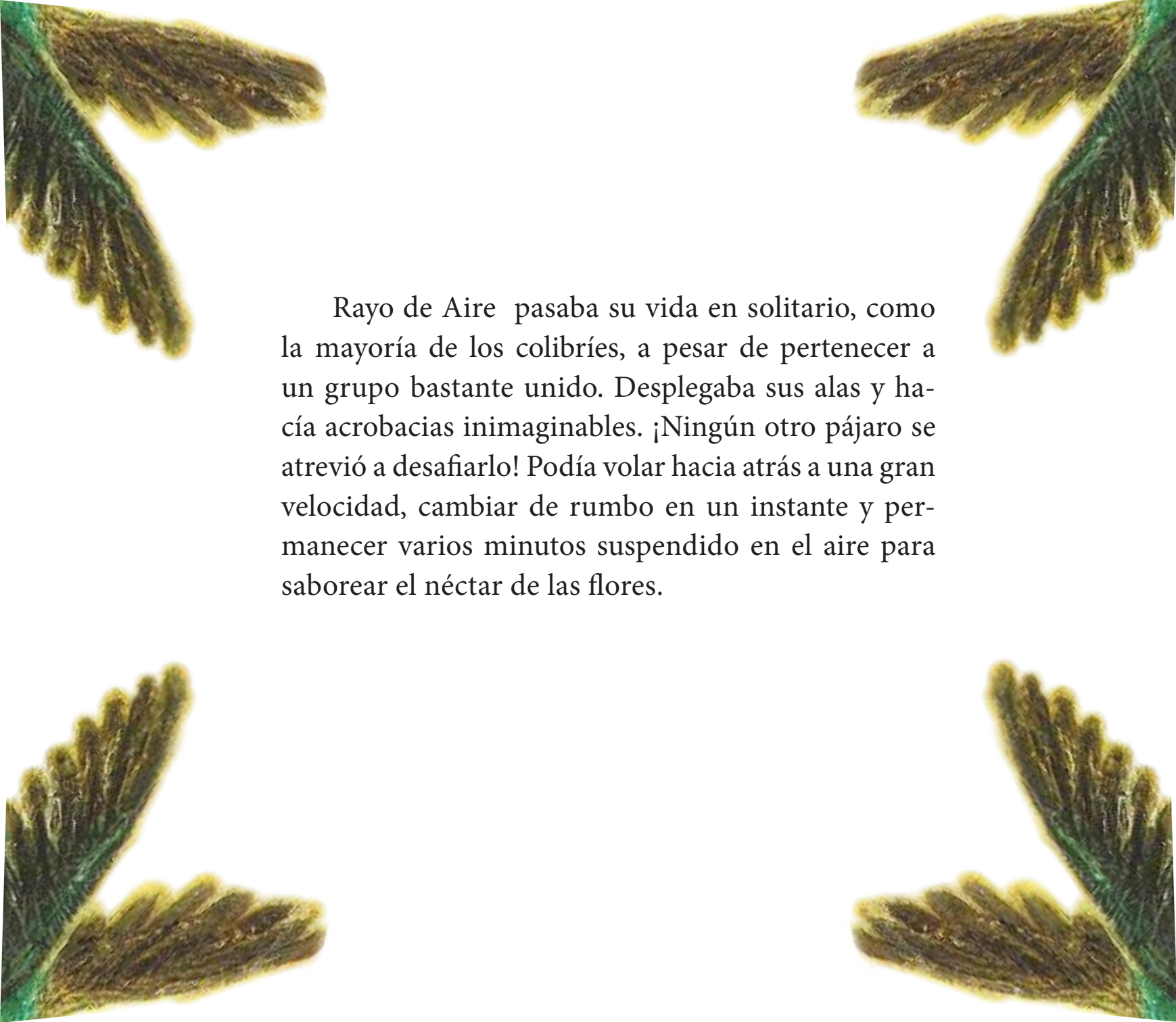




Rayo de Aire creció con las leyendas de los grandes colibríes, aquellos que dieron rostro y corazón a su pueblo; y sabe que existe un camino directo de un solo día y una noche: ¡atravesando el temible e inmenso mar! En su gran corazón guarda la idea de abrir de nuevo esa ruta. Pero es un viaje riesgoso: acechan enormes peligros y hace tiempo que se perdió la tradición y nadie se atrevía a hacerlo. ¿Por qué ya no van por el mar para llegar antes? ¿Podrá él volar tan lejos sin descansar?







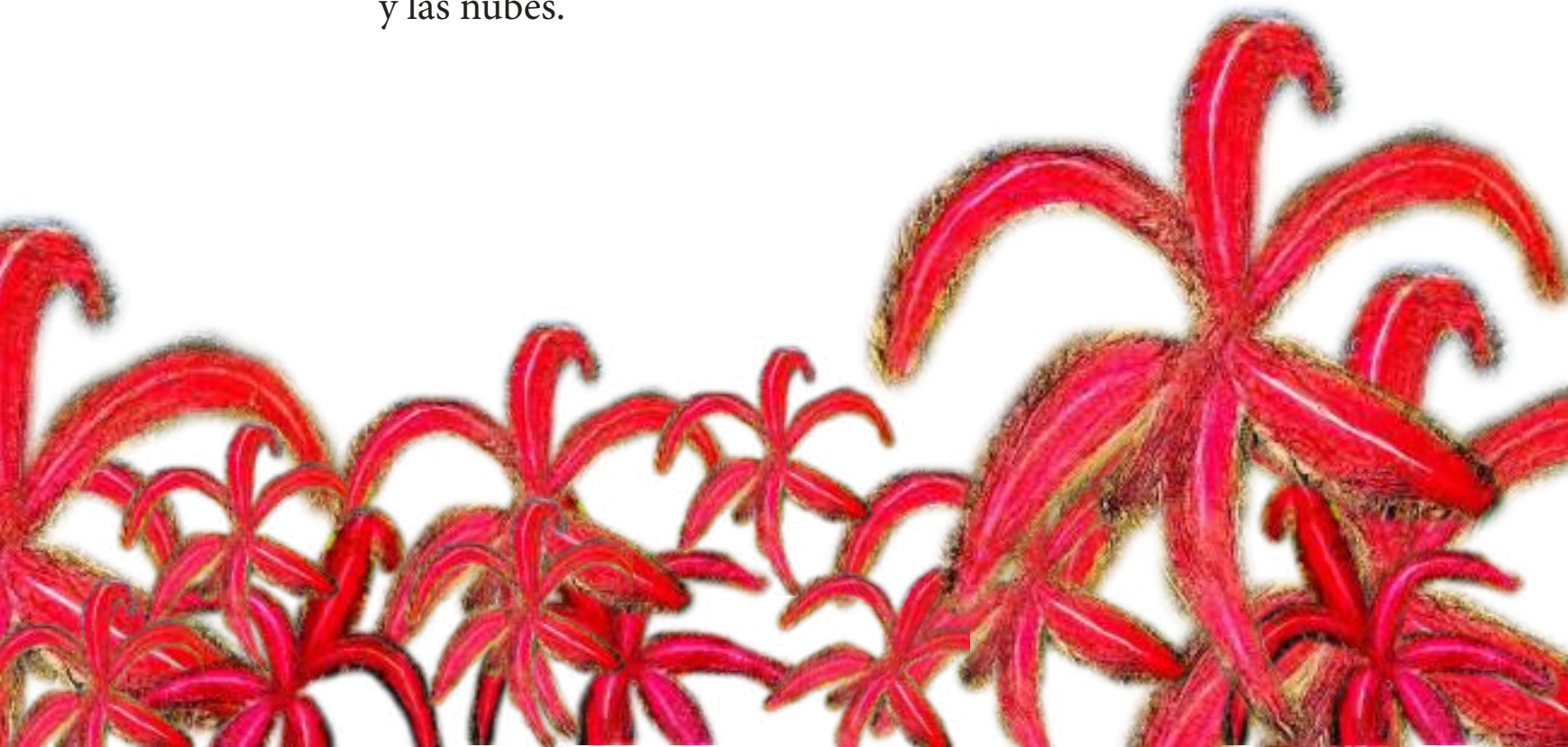
Rayo de Aire pasaba su vida en solitario, como la mayoría de los colibríes, a pesar de pertenecer a un grupo bastante unido. Desplegaba sus alas y hacía acrobacias inimaginables. ¡Ningún otro pájaro se atrevió a desafiarlo! Podía volar hacia atrás a una gran velocidad, cambiar de rumbo en un instante y permanecer varios minutos suspendido en el aire para saborear el néctar de las flores.

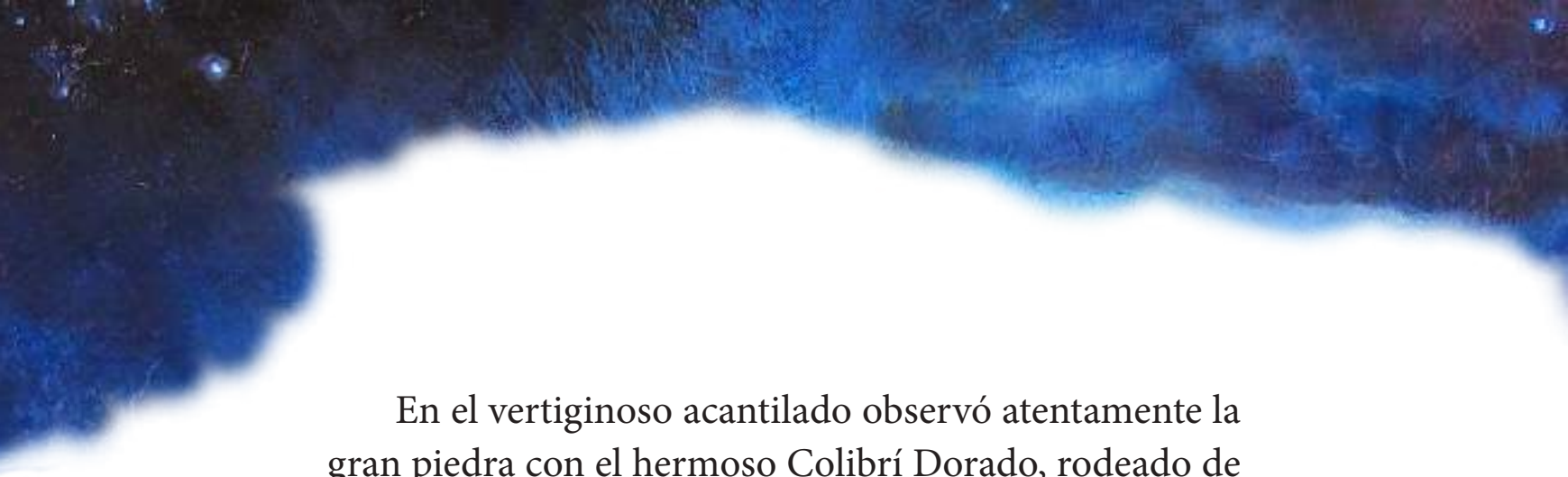


Aunque pequeñas, estas criaturas muestran una valentía poco común al defender su territorio y enfrentarse con aves mucho más grandes. Sus ojos son dos pulsiones estelares que observan los más sutiles colores del universo. En su garganta las ardientes piedras de rubí llevan las palabras de fuego a los hombres.



Llegó la primavera, ¡el festín de colores y perfumes! El tiempo ideal para atravesar el mar. Rayo de Aire tuvo que elegir el mejor momento para emprender su viaje. Varios días permaneció observando cuidadosamente el mar y las nubes.





En el vertiginoso acantilado observó atentamente la gran piedra con el hermoso Colibrí Dorado, rodeado de constelaciones azules grabadas por los mayas. Como lo señalaron sus ancestros, en esa piedra un anciano maya indicaba el camino directo sobrevolando el mar.

El conocimiento de la naturaleza era esencial. Todos los elementos debían estar en armonía: viento, tierra, agua y fuego. Su voz interior le murmuraba: “Tú puedes hacerlo, sé que puedes lograrlo”.





Rayo de Aire se preparó comiendo cuantiosos insectos y libando muchas flores para crecer hasta doblar su tamaño. Sabía que necesitaba mucha energía para lograr su meta. Los elementos se fueron armonizando, menos uno: el agua. Le encantaba bañarse bajo el fulgor de la estrella amarilla, pero en su pecho sentía un enjambre de avispas negras al pensar en todo ese azul, casi infinito, arrastrándolo a su oscuridad. Sin embargo, el fuego que ardía en su interior lo impulsó a intentar la aventura.



Tan ensimismado estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta de la llegada de la noche. Le gustaba observar esas estrellas titilantes cuando todos ya se habían ido a dormir. De repente le pareció que las mismas constelaciones se estaban armonizando, como una música cósmica, para ponerlo en sintonía con el universo y realizar la gran proeza de atravesar el mar en un único vuelo.

“¡Lo haré sin derrumbarme!”, exclamó Rayo de Aire.





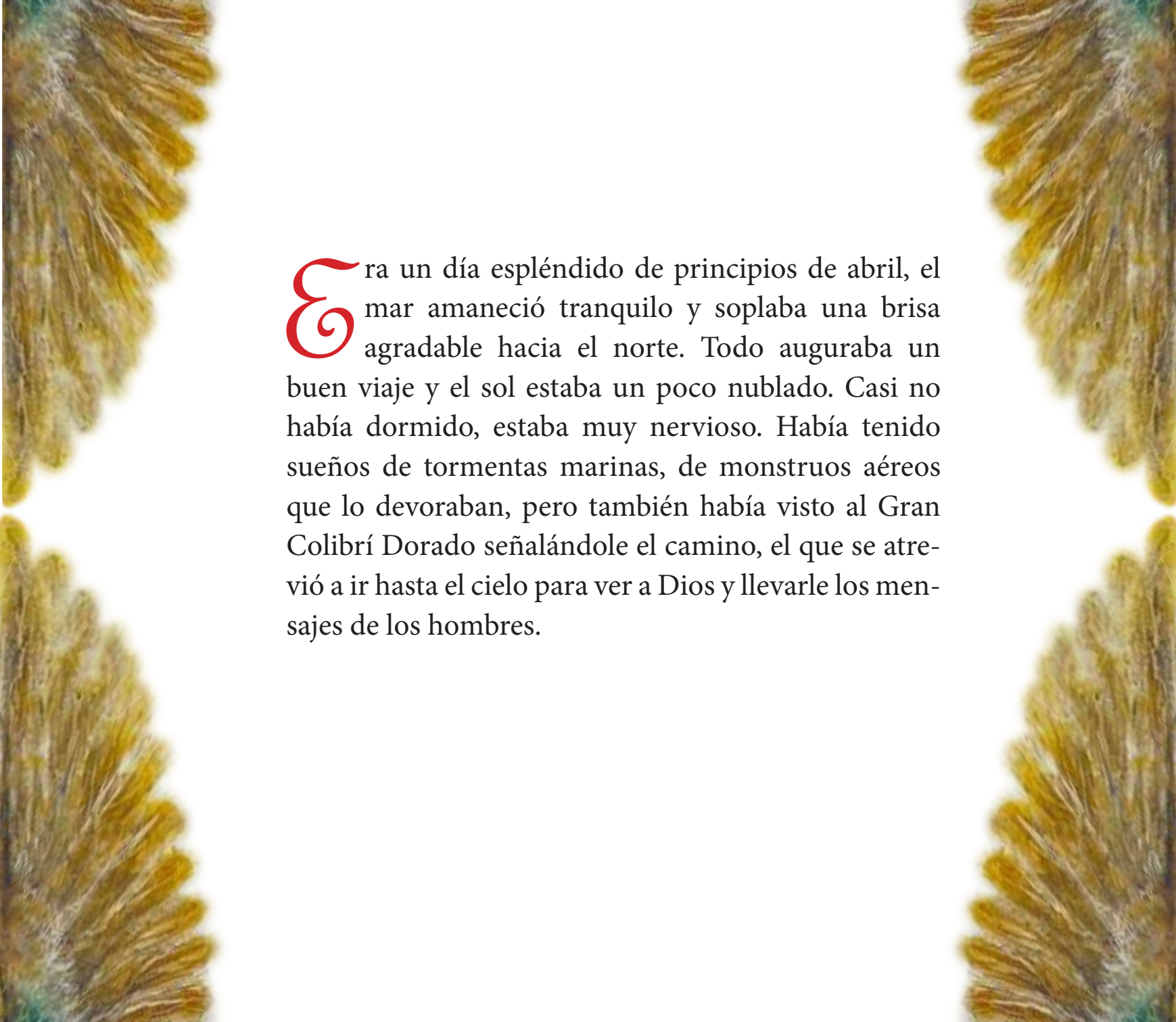


Al amanecer visitó a sus parientes y amigos, y a los paisajes que tanto amaba. Se despidió de sus colinas y flores preferidas. No estaba seguro si regresaría para contar su historia.







A decorative border made of yellow and green feathers, possibly from a toucan, frames the text on the left and right sides of the page.

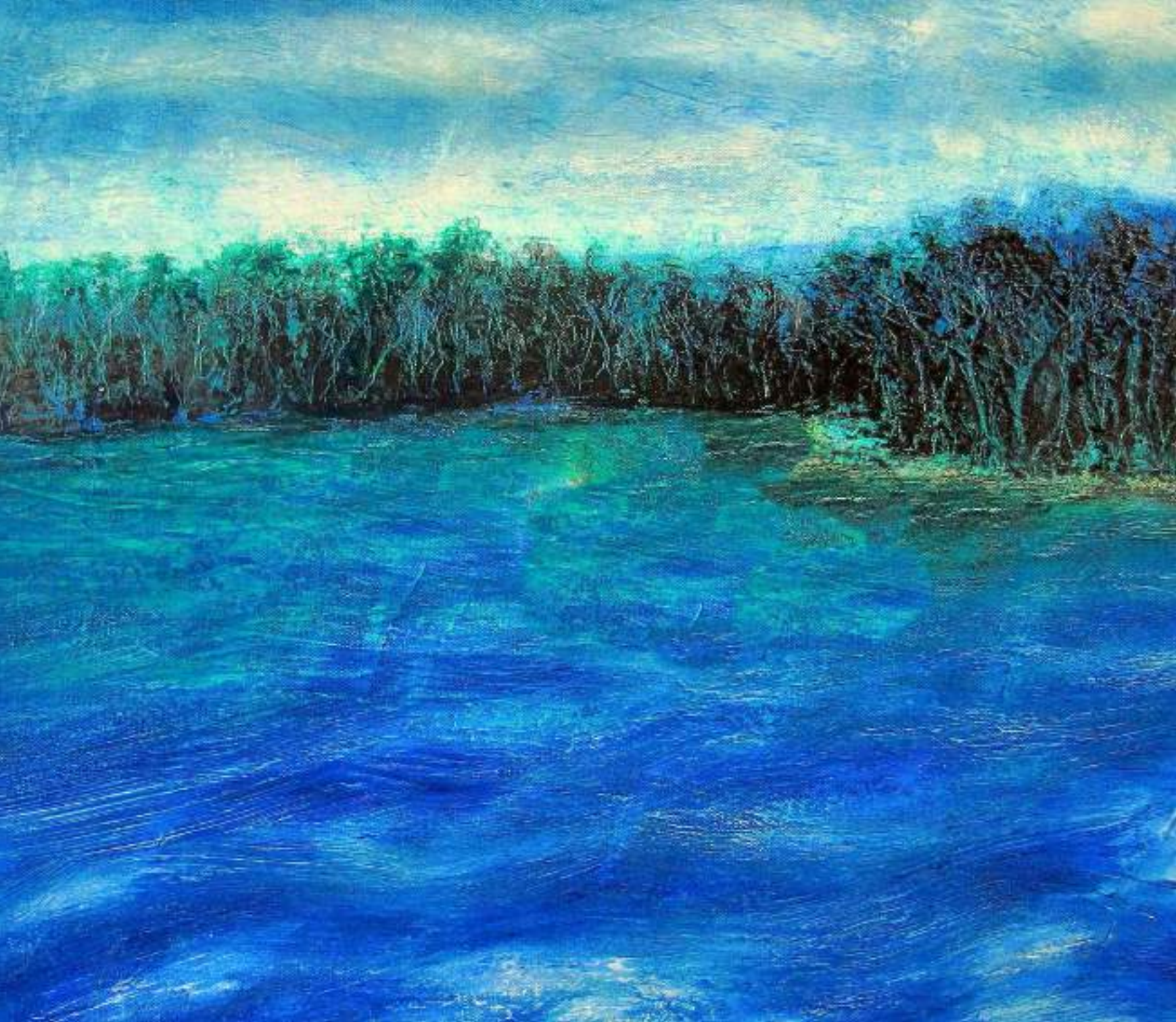
Era un día espléndido de principios de abril, el mar amaneció tranquilo y soplabla una brisa agradable hacia el norte. Todo auguraba un buen viaje y el sol estaba un poco nublado. Casi no había dormido, estaba muy nervioso. Había tenido sueños de tormentas marinas, de monstruos aéreos que lo devoraban, pero también había visto al Gran Colibrí Dorado señalándole el camino, el que se atrevió a ir hasta el cielo para ver a Dios y llevarle los mensajes de los hombres.

Pidió protección al Colibrí Dorado y se arrojó desde el acantilado. Empezó a elevarse con todo el impulso que le permitían sus diminutas alas, cada vez más y más alto, adentrándose en el mar, alejándose de la tierra que lentamente fue perdiéndose hasta que desapareció por completo.



El inmenso mar frente a él, agua adelante,
atrás y abajo. Rayo de Aire empezó a ponerse muy
tenso. Todavía estaba a tiempo de regresar.







Sintió su miedo, áspero y oxidado. Silencio. En el momento que iba a regresar estalló en su mente el día en que estuvo a punto de morir atrapado en una gran telaraña. El recuerdo lo electriza. Se había acercado demasiado para devorar un insecto. Sus alas dejaron de moverse al enredarse con los finos y pegajosos hilos fuertes como el acero. Desesperado emitió unos chillidos agónicos al ver aproximarse una araña viuda negra con su sello de fuego en el vientre. Y cuando iba a morderlo de muerte, unas manos lo liberaron. Un anciano vestido de blanco le dijo sonriendo:



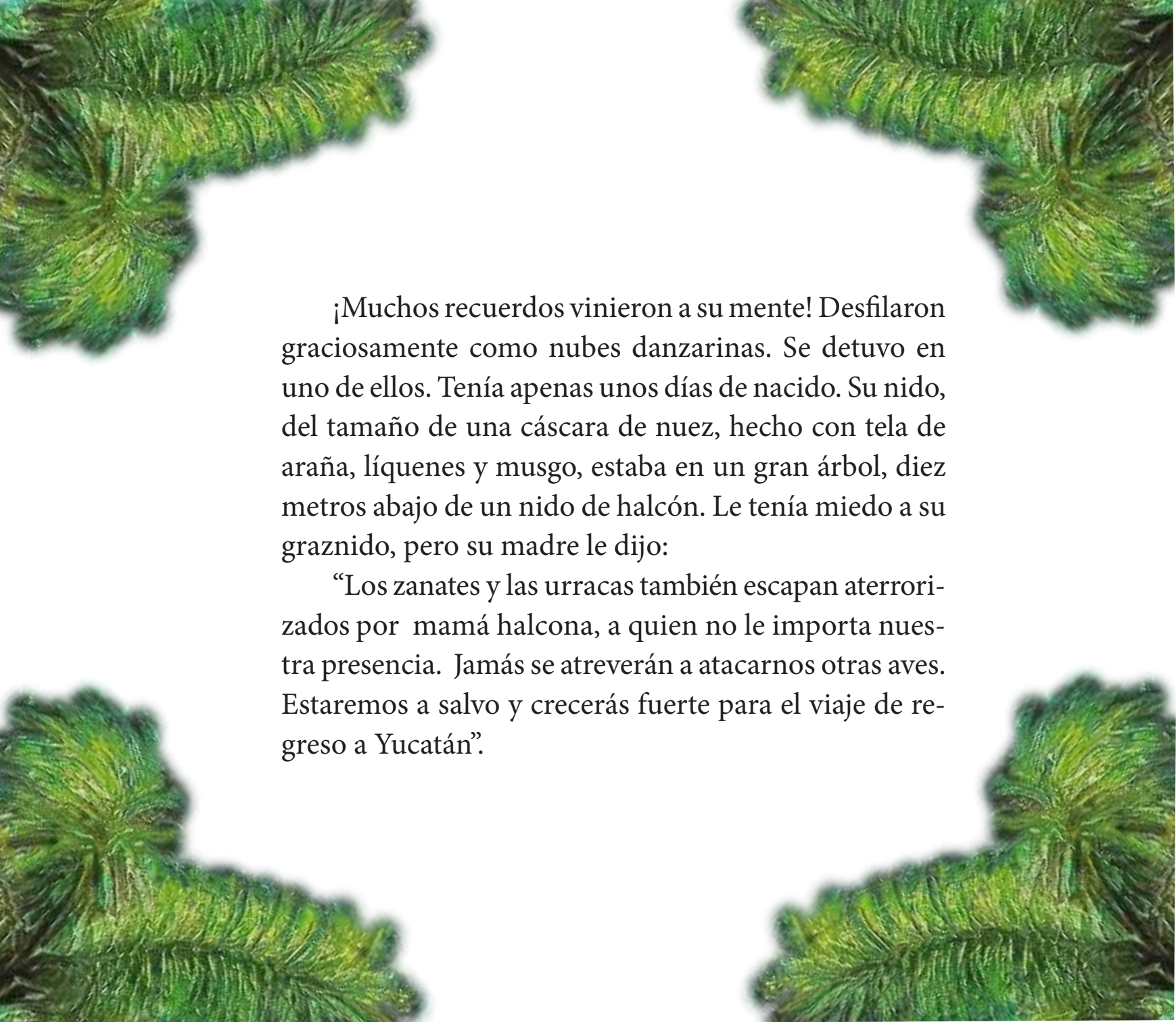


“Sigue la voz de tu corazón. Desde ahora harás honor a tu nombre Rayo de Aire, y abrirás el camino perdido para beneficio de tu comunidad. Tu misión será atravesar el mar”.

Las palabras del anciano quebrantaron el miedo y Rayo de Aire continuó aleteando con fuerza. El viento se volvió su aliado conduciéndolo velozmente hacia el norte, a la tierra prometida. Él siguió avanzando, visualizando las tramas de luz que el sol formaba al entrar en la atmósfera terrestre.







¡Muchos recuerdos vinieron a su mente! Desfilaron graciosamente como nubes danzarinas. Se detuvo en uno de ellos. Tenía apenas unos días de nacido. Su nido, del tamaño de una cáscara de nuez, hecho con tela de araña, líquenes y musgo, estaba en un gran árbol, diez metros abajo de un nido de halcón. Le tenía miedo a su graznido, pero su madre le dijo:

“Los zanates y las urracas también escapan aterrorizados por mamá halcona, a quien no le importa nuestra presencia. Jamás se atreverán a atacarnos otras aves. Estaremos a salvo y crecerás fuerte para el viaje de regreso a Yucatán”.



Recordó la asombrosa elasticidad de su nido, donde estaban él y su hermana. Crecían a diario y tan aprisa que apenas cabían dentro. El viento soplaba fuerte y agitaba la rama donde se encontraban y lo incitaba a volar. No podía caminar, pues sus patitas eran muy cortas. Agitó fuertemente sus pequeñas alas y salió zumbando del nido. ¡Qué felicidad lo embargó en aquel primer vuelo! Supo desde entonces que había nacido para volar. Era un deleite ir rápidamente de aquí para allá. En cambio, su pequeña hermana no se decidió a salir del nido sino hasta tres días después.



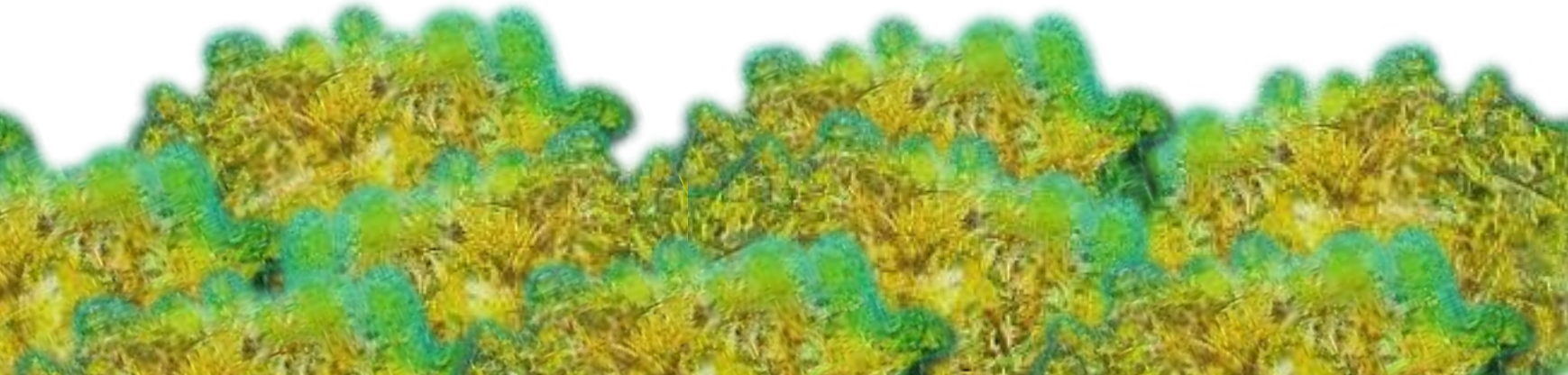




Su madre les enseñó a libar de las más suculentas flores y a cazar insectos en el aire. Semanas después los empujó a buscar sus propias flores e insectos diciéndoles:

“Mis pequeños amores, pronto tendremos que regresar a Yucatán y tienen que aprender a cuidarse y a sobrevivir solos”.

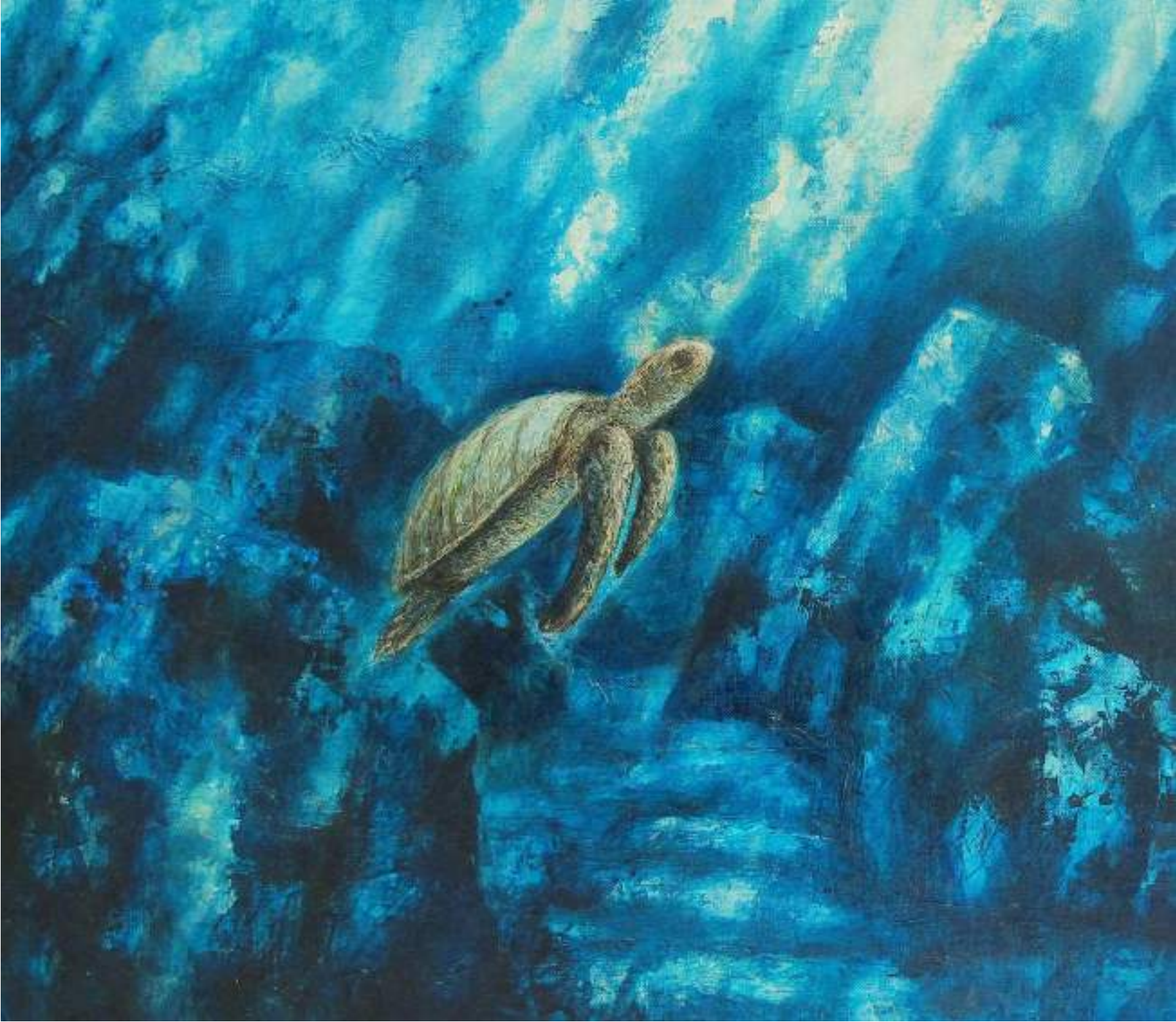
Les dijo esto sabiendo que casi la mitad de los colibríes mueren antes de llegar al año de edad y que el viaje es en solitario.





Por la tarde el aire dejó de soplar y tuvo que ale-
tear con más potencia. Sintió sus alas de plomo y bajó
peligrosamente hacia la superficie del mar. Sus fuerzas
lo abandonaron. ¡Moriría ahogado como en la peor de
sus pesadillas! De pronto, y antes de tocar el agua, vio
una tortuga que emergía de la profundidad azul y le
pidió que lo dejara descansar en su caparazón un rato
para reponer energía. La tortuga sonriendo le dijo:

“Adelante, pósate en mí. Nadaré por la superficie”.





Ella lo mira y ve a su nuevo amigo un poco afligido y angustiado.

“¿Por qué tienes tanto miedo al mar?”, pregunta la tortuga. Su voz es suave.

“No sé nadar. Mi elemento es el aire”, responde apesadumbrado Rayo de Aire.

“El miedo nos paraliza, nos impide trascender nuestros límites, lo conocido. Debes superarlo si quieres seguir. Pero dime ¿a dónde vas con tanta prisa?”.

“Tengo que apresurarme, debo llegar hasta la tierra florida y temo que todavía hay un largo trecho que recorrer”, añadió Rayo de Aire.



“Si vas a tierra florida aún te queda un buen camino que volar. Recuerda que no importa a donde vayamos, siempre sobrar  tiempo para llegar. No hay que apresurarse en nada. Mírame a mí, tengo más de cincuenta años y vivo lentamente, sin prisa”, sonrió la tortuga.

“ Incre ble!”, dijo asombrado Rayo de Aire. “Nosotros vivimos poco tiempo. Yo tengo tres años y a ver si llego a los cinco. Aunque dicen que hay algunos colibríes que viven hasta once años. Debo volar rápida-mente para alcanzar mi meta”.



“Deja de combatir al tiempo. No te desesperes por lo mucho que te falta. Esfuérzate sin prisa y trata de tener tu vida en tu mano”.

“Temo que no voy a llegar a mi destino pronto”.

“Descuida, vas a estar donde tengas que estar”.

“Mi comunidad depende del éxito de mi empeño. Debo llegar...”.



La tortuga lo interrumpe. Rayo de Aire escucha atentamente:

“El camino no tiene fin. El que se esfuerza por terminar demasiado aprisa, lo más seguro es que se extravíe o sucumba. Lo que debes hacer es sosegarte. Te repito: deja de combatir al tiempo y no desesperes por lo mucho que te falta por recorrer”.

“Hablas como el anciano de blanco que me rescató”, opuso Rayo de Aire.

“Debes estar dispuesto a afrontar las caídas. Lo importante es saber estar y no dejarse vencer por el temor. Solamente así lograremos llegar a nuestro límite y sublimarnos para compartir el mundo de los dioses”.





En cuanto la tortuga terminó su última palabra, Rayo de Aire vio asombrado cómo saltaban peces voladores del mar. ¿Serán sus primos marinos? ¡Tienen alas como él! De repente, emergieron amenazadores unos peces dorados y los devoraron. Rayo de Aire tembló aterrorizado. La tortuga le dijo:







“¡Cálmate! Tú no eres alimento para esos peces dorados. Ve juntando fuerzas, pues pronto tendré que hundirme otra vez. Recuerda que en el mar está el origen de la vida, la cuna de las más grandes aventuras, la pasión sin límites por el conocimiento. No hay que tenerle miedo”.





Rayo de Aire respiró profundamente varias veces y se despidió antes de emprender de nuevo su vuelo:

“Adiós y gracias. Me acordaré de ti siempre. Llevaré el mensaje a los hombres para que las respeten y vivan mucho tiempo tú y tus descendientes. Para que nadie coma los huevos que con tanto trabajo ponen en las playas año con año”.



Con renovada energía Rayo de Aire siguió volando hasta que el sol se fundió con el mar, pintando el atardecer con sus colores favoritos, que le recordaron la miel y las tonalidades de sus flores preferidas. ¡Bellísimo!

La última luz del sol desapareció tras el horizonte. Todo se oscureció y, en medio del desamparo, un pavor intenso casi lo paralizó.

“Hay que confiar. No dejarse llevar por la ansiedad ni la duda. Todo va bien”, se repitió Rayo de Aire.

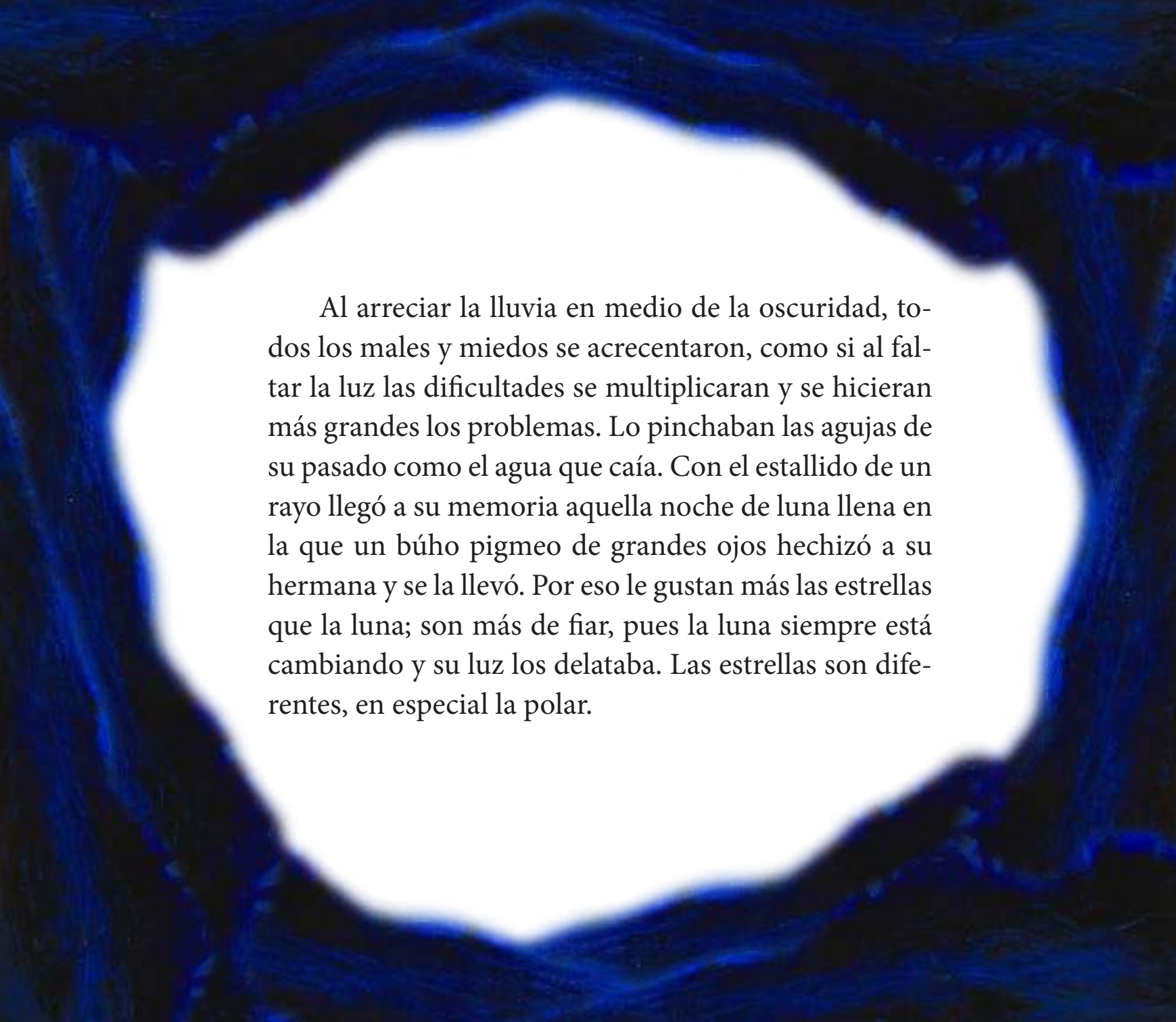






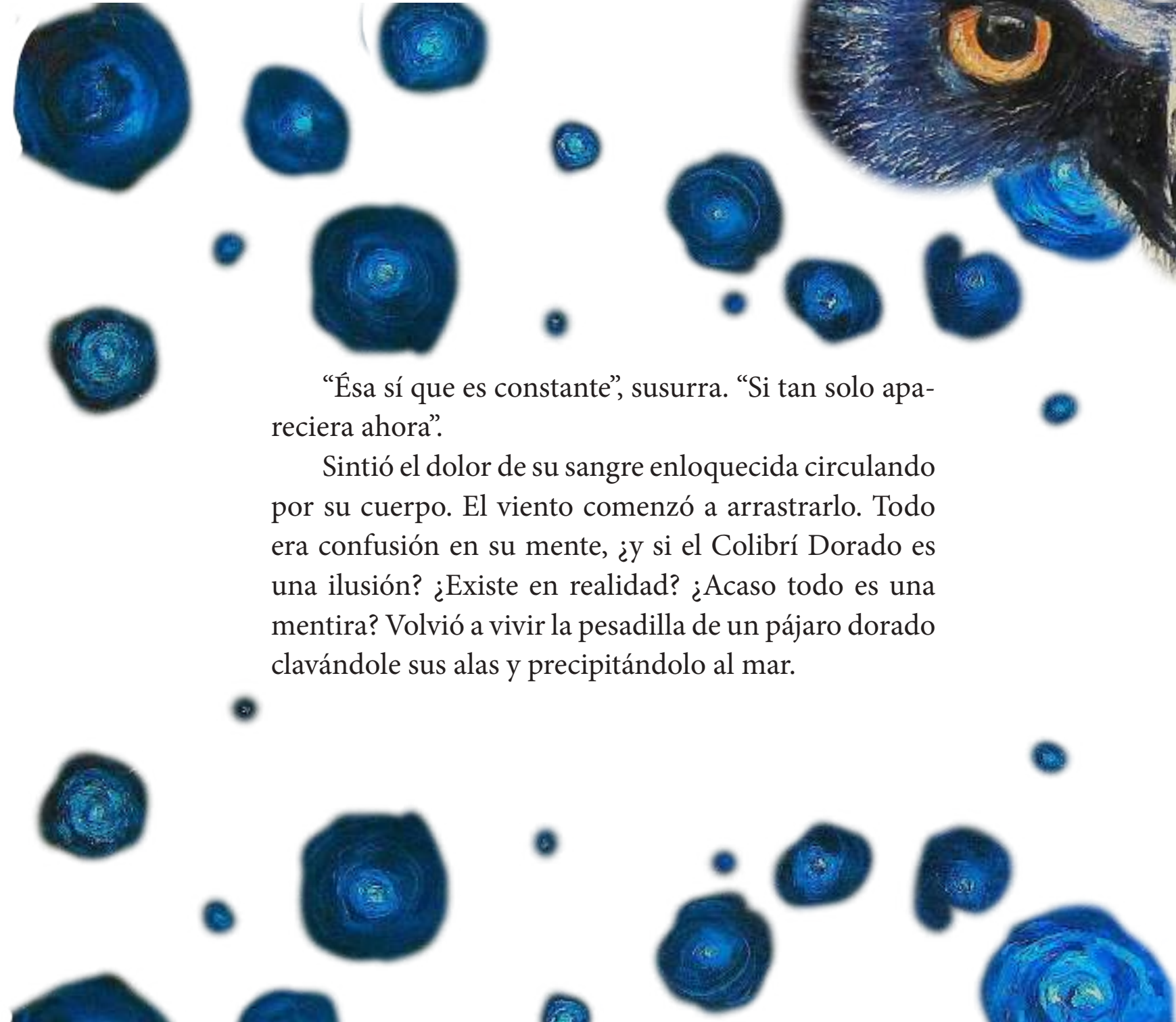
Siguió aleteando con fuerza. Ante esa inmensidad de mundos, soles y estrellas que brillaban en el cosmos, él se sintió como una mota de polvo en una noche eterna. De pronto, unas nubes en forma de alas negras devoraron el cielo. Lo que tanto temía se acercó velozmente: ¡una tormenta! Tembló al sentir las primeras gotas caer encima de su cuerpo, y volvió a su memoria ese enorme cuervo que estuvo a punto de acabar con su vida, cuando apenas tenía tres meses de edad. Fue en su primer viaje por tierra de regreso a Yucatán. Por eso decidió hacer la travesía de noche, para evitar depredadores diurnos, pero avanzaba muy lentamente.





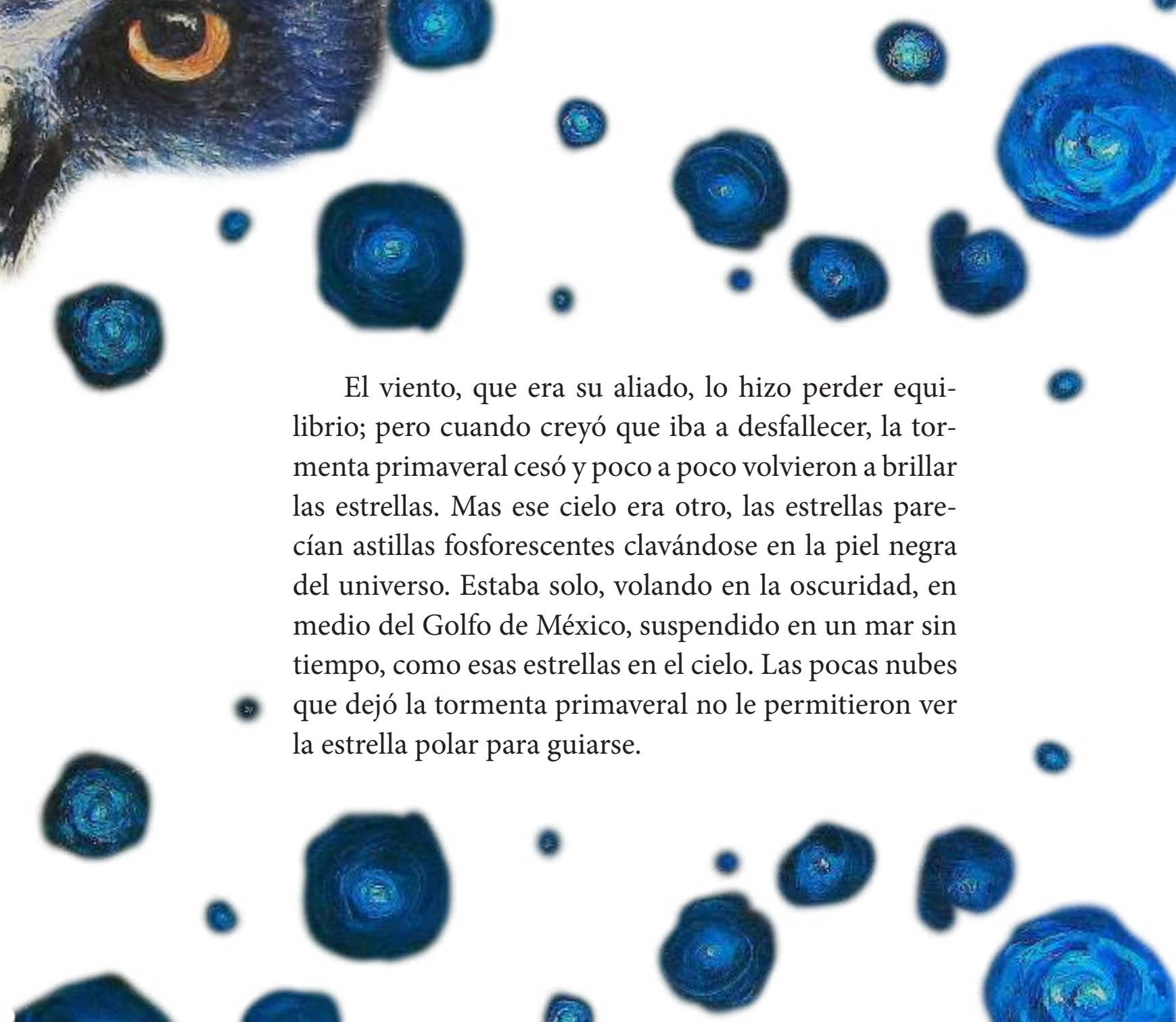
Al arreciar la lluvia en medio de la oscuridad, todos los males y miedos se acrecentaron, como si al faltar la luz las dificultades se multiplicaran y se hicieran más grandes los problemas. Lo pinchaban las agujas de su pasado como el agua que caía. Con el estallido de un rayo llegó a su memoria aquella noche de luna llena en la que un búho pigmeo de grandes ojos hechizó a su hermana y se la llevó. Por eso le gustan más las estrellas que la luna; son más de fiar, pues la luna siempre está cambiando y su luz los delataba. Las estrellas son diferentes, en especial la polar.



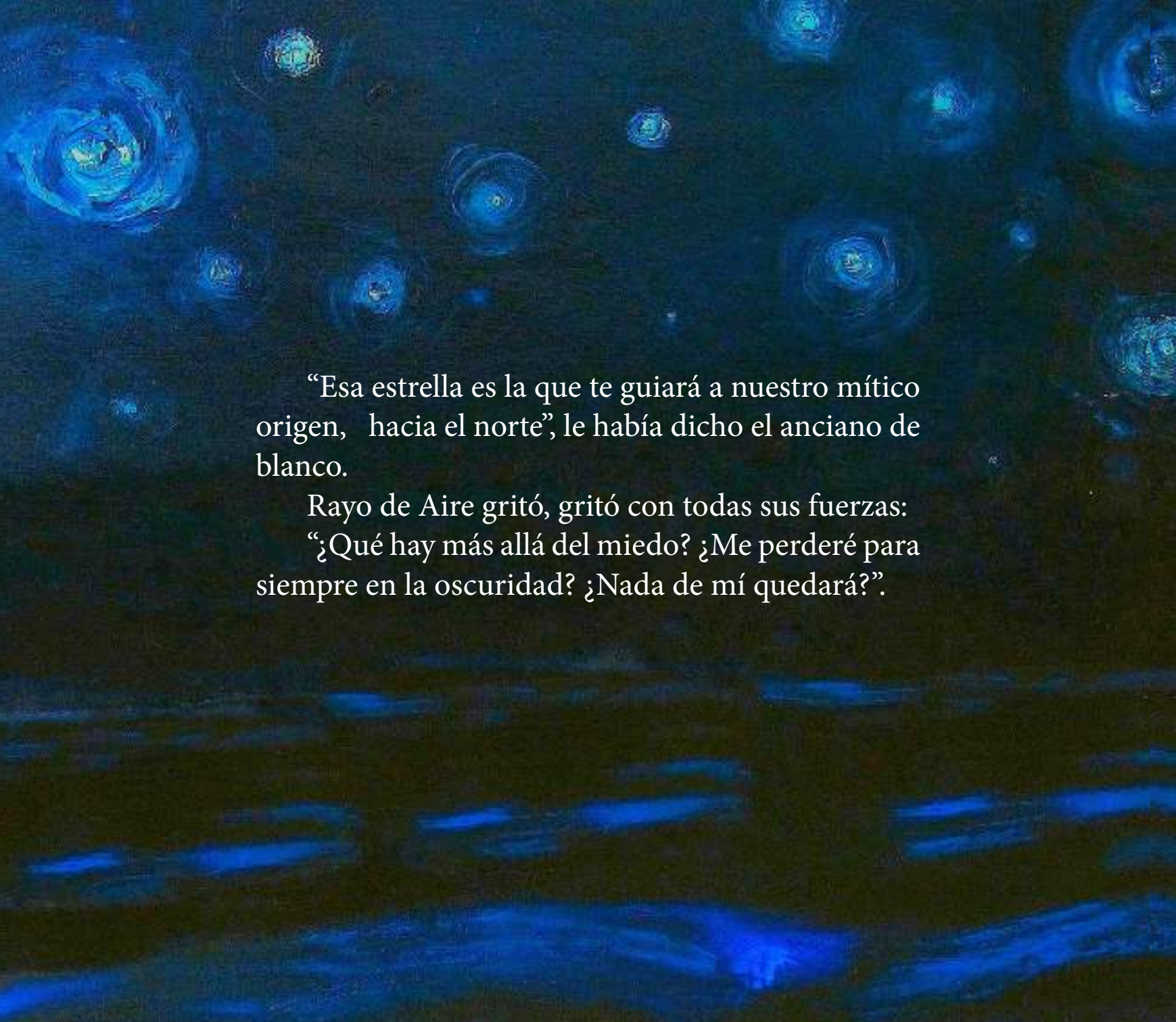


“Ésa sí que es constante”, susurra. “Si tan solo apareciera ahora”.

Sintió el dolor de su sangre enloquecida circulando por su cuerpo. El viento comenzó a arrastrarlo. Todo era confusión en su mente, ¿y si el Colibrí Dorado es una ilusión? ¿Existe en realidad? ¿Acaso todo es una mentira? Volvió a vivir la pesadilla de un pájaro dorado clavándole sus alas y precipitándolo al mar.



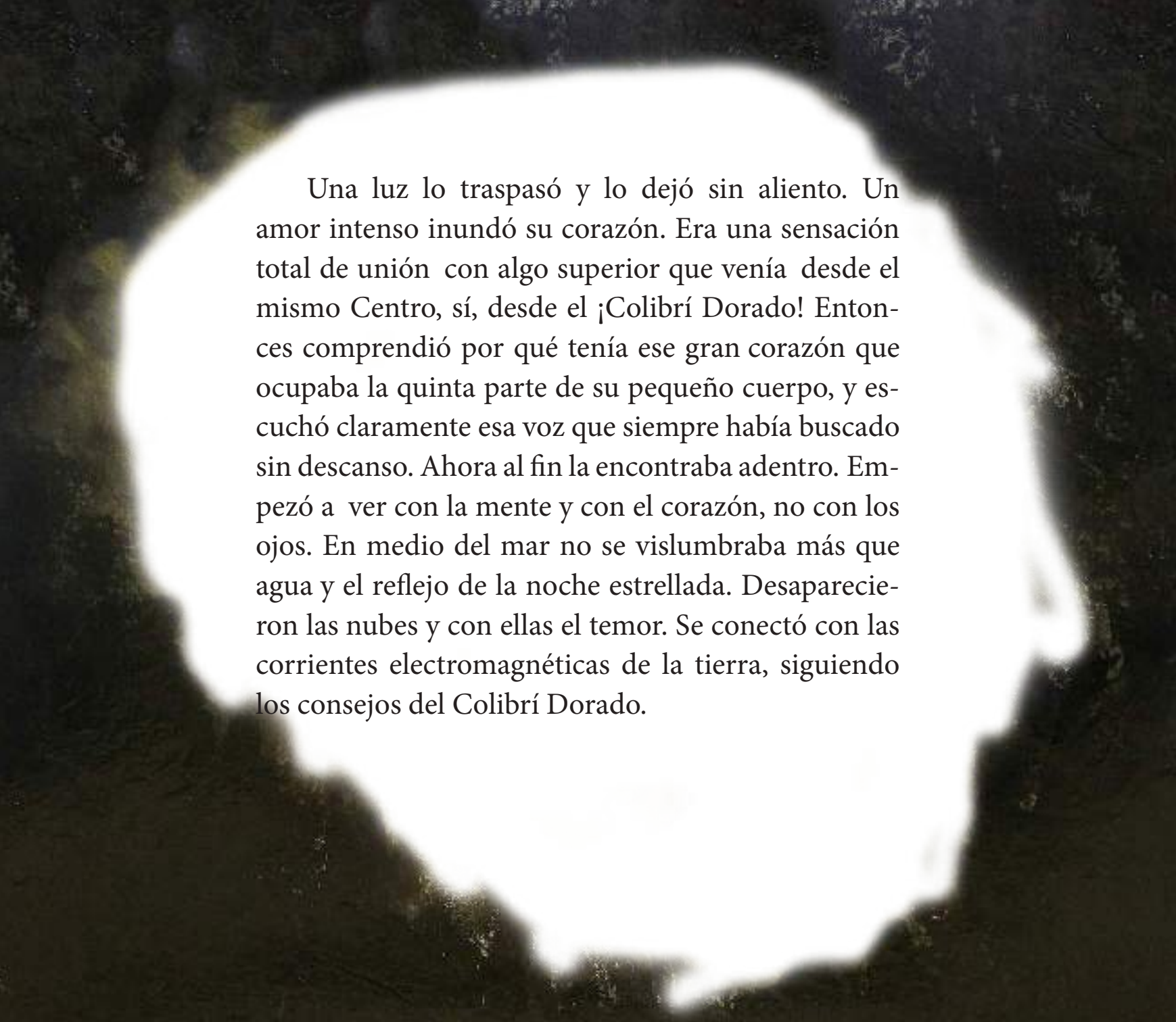
El viento, que era su aliado, lo hizo perder equilibrio; pero cuando creyó que iba a desfallecer, la tormenta primaveral cesó y poco a poco volvieron a brillar las estrellas. Mas ese cielo era otro, las estrellas parecían astillas fosforescentes clavándose en la piel negra del universo. Estaba solo, volando en la oscuridad, en medio del Golfo de México, suspendido en un mar sin tiempo, como esas estrellas en el cielo. Las pocas nubes que dejó la tormenta primaveral no le permitieron ver la estrella polar para guiarse.



“Esa estrella es la que te guiará a nuestro mítico origen, hacia el norte”, le había dicho el anciano de blanco.

Rayo de Aire gritó, gritó con todas sus fuerzas:
“¿Qué hay más allá del miedo? ¿Me perderé para siempre en la oscuridad? ¿Nada de mí quedará?”.





Una luz lo traspasó y lo dejó sin aliento. Un amor intenso inundó su corazón. Era una sensación total de unión con algo superior que venía desde el mismo Centro, sí, desde el ¡Colibrí Dorado! Entonces comprendió por qué tenía ese gran corazón que ocupaba la quinta parte de su pequeño cuerpo, y escuchó claramente esa voz que siempre había buscado sin descanso. Ahora al fin la encontraba adentro. Empezó a ver con la mente y con el corazón, no con los ojos. En medio del mar no se vislumbraba más que agua y el reflejo de la noche estrellada. Desaparecieron las nubes y con ellas el temor. Se conectó con las corrientes electromagnéticas de la tierra, siguiendo los consejos del Colibrí Dorado.





Éste le hablaba en su cabeza y lo sentía en su corazón. Debía dejarse llevar con la mente, no con el cuerpo. Respiraba como le había dicho su amiga la tortuga, lenta y profundamente. Ahora sabía que no importaba si moría en el intento. Si no lo lograba él, alguien más lo haría. Ya no se sentía solo. El Colibrí Dorado siempre estuvo ahí adentro, esperando. Pero antes tuvo que vencer las dudas y el miedo para adentrarse en el silencio interno y así conectarse con esa luz. Siguió así el resto de la noche, memorizando el mapa celeste que utilizaría para regresar año con año mientras viviera. Veía la estrella polar con mucha claridad mostrándole el camino.







Empezó a clarear. ¡Al fin el amanecer! En el horizonte las nubes se van tiñendo de colores. Desde el cielo descendieron pequeños pétalos lumínicos para encender sus plumas, como prismas que nos revelan los colores del arcoíris. Su garganta rubí ardió con la primera luz solar.

¡Llegó a la tierra florida, al lugar donde nació! Pensó en su comunidad y en su bienestar. Ahora podrían ser los primeros en elegir los mejores lugares para hacer sus nidos y escogerían las más deliciosas flores. El año entrante irá hasta las lejanas arboledas del norte para cumplir con su promesa al anciano maya: llegar al lugar donde nace el sol, al mítico origen de donde habían venido miles de años atrás sus antepasados.





La voz del Colibrí Dorado le habló con fuerza y claramente, y le dio el mensaje más importante de su vida ahora que había vencido las dudas, el miedo y a la misma muerte:

“Debes llevar este mensaje a los hombres: la luz del cielo que habita en todos los seres humanos es una guía infalible hacia el Centro del Universo, el origen de toda vida. Diles que tienen el poder de elegir: fusionarse con esa luz divina y vivir eternamente o desaparecer para siempre en la oscuridad”.







Hay pocos seres humanos que están buscando extender los límites establecidos tanto intelectual, como física y espiritualmente. Estos son los que hacen avanzar nuestra civilización, enfrentando nuevos retos y creciendo siempre, arriesgando sus propias vidas en tal búsqueda. Igual pasa con estos pequeñísimos pájaros, que a pesar de su minúsculo tamaño realizan proezas como la de cruzar el mar del Golfo de México (más de ochocientos kilómetros) en veinticuatro horas de vuelo sin desfallecer.

Cuando veas un colibrí, recuerda el mensaje del Colibrí Dorado: “Conéctate con tu luz divina interna para no perderte en la vida y llegar al centro del Universo”.



AVISPERO

